

CUERVO - VALERA

Escribe CARLOS ARTURO CAPARROSO

Con Menéndez y Pelayo y Rubió y Lluch, fue don Juan Valera de los primeros escritores españoles que se ocuparon de literatura hispano-americana.

Memorables, entre las varias producciones sobre aquellos temas, fueron las páginas que Valera dedicó a controvertir los conceptos que Rufino José Cuervo emitió sobre la suerte futura del castellano en América.

Ya había Valera dado a la publicidad sus *Cartas americanas* cuando un escrito de Cuervo le ofreció ocasión para ocuparse nuevamente de las cosas literarias de Hispanoamérica. En efecto, en 1889, apareció el poema *Nastasio* del argentino Soto y Calvo, precedido de una carta, a manera de prólogo, del sabio filólogo colombiano.

Entre otras consideraciones, escribía Cuervo en aquella carta: "Dígame usted que al fin del libro pondrá usted un glosario de términos poco conocidos fuera de su país, como en Colombia han tenido que hacerlo autores o editores, y esto me hace pensar en otra despedida, despedida amarga en medio del festín de la civilización, como la de la novia que a hora desconocida deja la casa paterna entre los regocijos de la boda. Poco ha me dio usted a leer en *La Nación* el parecer de un sabio lingüista francés sobre la suerte de la lengua castellana en América, parecer ya antes expresado por otros no menos competentes, y que a la luz de la historia es de ineludible cumplimiento. Cuando nuestras patrias crecían en el regazo de la madre España, ella les daba masticados e impregnados de su propia sustancia los elementos de la vida moral e intelectual, de donde la conformidad de cultura, con la única diferencia de grado, en el continente hispanoamericano; cuando sonó la hora de la emancipación política, todos nos mirábmós como hermanos, y nada nos era indiferente de cuanto tocaba a las nuevas naciones: fueron pasando los años, el interés fue resfriándose, y hoy con frecuencia ni sabemos en un país, quién gobierna en los demás, siendo mucho que conozcamos los escritores más insignes que los honran. La influencia de la que fue metrópoli va debilitándose cada día, y fuera de cuatro o cinco autores cuyas obras leemos con gusto y provecho, nues-

tra vida intelectual se deriva de otras fuentes, y carecemos pues casi por completo de un regulador que garantice la antigua uniformidad. Cada cual se apropia lo extraño a su manera, sin consultar con nadie; las divergencias debidas al clima, al género de vida, a las vecindades y aun qué sé yo si a las razas autóctonas, se arraigan más y más y se desarrollan; ya en todas partes se nota que varían los términos comunes y favoritos, que ciertos sufijos o formaciones privan más acá que allá, que la tradición literaria y lingüística va descaeciendo y no resiste a las influencias exóticas. Hoy sin dificultad y con deleite, leemos las obras de los escritores americanos sobre historia, literatura, filosofía; pero en llegando lo familiar o local, necesitamos glosarios. Estamos pues en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano: hora solemne y de honda melancolía en que se deshace una de las mayores glorias que ha visto el mundo, y que nos obliga a sentir con el poeta: ¿Quién no sigue con amor al sol que se oculta?”.

Recogía velas, y rectificaba así, Cuervo, el concepto que años anteriores había estampado en el prólogo de la cuarta edición de sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (Chartes - 1885). Refiriéndose allí a uno de los aspectos de notable utilidad que adjudicaba a la mencionada obra, decía: “No menos servirá para probar a los extranjeros que no hay un dialecto bogotano, como lo hay veneciano o napolitano, asturiano o gallego; mostrando igualmente que es infundado el temor de que en la parte culta de América se llegue a verificar con el castellano lo que con el latín en las varias provincias romanas, pues la copiosa difusión de obras impresas, referentes todas más o menos a un mismo tipo, el constante comercio de ideas con la antigua metrópoli, y el estudio uniforme de su literatura aseguran a la lengua castellana en América un dominio imperecedero”.

En *Los lunes de El Imparcial* y luego en *La Nación* de Buenos Aires, Valera glosó, para rechazar de plano, las ideas de Cuervo sobre el porvenir del castellano en América expuestas en aquella su posterior apreciación pesimista.

Impugnación de Valera que dio pie a nuestro filólogo para insistir en su punto de vista, en otros escritos, ampliamente y con admirable despliegue analítico de su profundo saber en la ciencia del lenguaje. Escrito que, en las ediciones de sus obras realizadas posteriormente, han sido agrupados en una sección con la denominación genérica de *El castellano en América* (Véase la que hizo el Instituto Caro y Cuervo: *Obras*, tomo II - Bogotá - 1954).

Con el paso del tiempo, y actualmente, aquellas consideraciones de Cuervo han venido a ser revisadas y ya no se piensa de la misma manera sobre lo que en América pueda acontecer al español. Se acepta unánimemente, así, la tesis por él sustentada inicialmente en el prólogo de la cuarta edición de sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, de que antes se ha hecho mención. “Si hoy levantara la cabeza de la tumba don Rufino —ha dicho el padre Félix Restrepo— tal vez pensaría de otra manera. No sabemos lo que dentro de diez o veinte siglos habrá

ocurrido en este continente y en el mundo entero; pero en cuanto puede alcanzar la previsión humana, no solo no se ven signos de disgresión en nuestra lengua, sino que al correr de los años más bien se afianza su unidad”.

En efecto, múltiples circunstancias, diversos y frecuentes hechos están obrando al presente en el sentido de invalidar el diagnóstico pesimista de Cuervo sobre la pervivencia del castellano en América, verdadero idioma universal de una comunidad de pueblos hoy más que nunca vocados a tan promisorios destinos.

Todo contribuye, pues, a esa unidad y permanencia: el mayor intercambio entre los pueblos de habla española; la rapidez de las comunicaciones; la multiplicación de los medios de expresión entre ellos representados en la mayor difusión de las publicaciones impresas, la radio, la televisión, el cinematógrafo; la continua reunión de conferencias y seminarios internacionales. Y como símbolo muy significativo y altamente eficaz de todo ello, los Congresos de Academias de nuestro idioma, el último de los cuales (III), reunido en 1960 en Bogotá, pudo ver realizado el magno propósito de que durante su sesión inaugural se firmara, debidamente oficializado, el Convenio Multilateral sobre Asociación de Academias de la Lengua Española, instrumento ideado para la defensa del idioma común.